

La espuma de los días

Audazmente cruzando calles con Arreola

José de la Colina

En 1954 ¿o 1955?, cuando acompañaba yo a Juan José Arreola a la imprenta para corregir los libritos de la Colección Los Presentes por él fundada y dirigida (y en la que publiqué el primero de los míos, de cuyo título no quiero acordarme), él pregonaba su famosa agorafobia que lo obligaba a no salir solo a la calle. Tal infortunio, decían sus amigos malalingües, era un invento de Juan José para enriquecer su propio personaje, y ellos, con el fin de comprobar si aquello era realidad o arreolidad, conspiraban para un día acecharlo tras una esquina y sustraerle el acompañante sin que él se diera cuenta, sólo por reír de un Arreola mudo por el susto.

En realidad Arreola era un maestro del parlante arte peripatético y la mayor parte del día ejercía un rapsódico magisterio literario por el que sabíamos del verbal órgano catedralicio de Claudel (poeta grande a los pies del Señor), de la magia de los borgesianos adjetivos adversarios (pero armónicos), de las relegaciones infinitas de Kafka (más cotidiano pero más aterrador que Poe), de los cuentos de lampos y tinieblas de su amigo Juan Rulfo (a quien consideraba un real escritor mientras él se tenía por un mero pastichador), del cada vez más grave asunto de los importados e impostados vinos franceses (que no se agriaban al día siguiente del descorche, denunciando así su falsificación), de los riesgos y enigmas del ajedrez (podía usted jugar como un Capablanca para que un niño súbitamente lo jaquematase), de la imposibilidad de que en México se hiciera teatro clásico (porque no había una academia de declamación y se ignoraba el arte de los octosílabos, los endecasílabos, los alejandrinos, los acentos, los hemistiquios), de lo

triste de que ya no se vieran las grandes películas francesas con Louis Jouvet y Jean-Louis Barrault y Edwige Feuillère y Maria Casarès (*les monstres sacrés* que sólo emitiendo un *oui* o un *non* te avasallaban con la autoridad teatral del monosílabo), de lo maravilloso y terrible de no poder vivir sin ser esposo o amante o hijo o esclavo de las mujeres (que son tan peligrosas por tan hipnóticas que son, y lo son hasta las otoñales, se habrá fijado usted qué magnetismo carnal el de esa buena escritora: Lupita Dueñas, que está como hecha de jamón de pétalo de rosa *faisandée*), bueno, hablemos de su libro, los cuentos están bien pero noté



Juan José Arreola

que escribe usted “enseguida” como una sola palabra, no tiene importancia, pero yo lo escribiría en dos: “en seguida” o, mejor, no lo escribiría, no es una buena expresión, la prosa española consiente demasiadas frases hechas, debería ser más suave y flexible como la francesa, o más rápida como la inglesa, y... oh mire usted, por poco atropellan a esa anciana, es terrible cómo se conduce en esta ciudad, habría que prohibir esas máquinas asesinas, nos llevan prisioneros y quieren hacernos cómplices en el asesinato del peatón, se debiera usar solamente bicicletas, la bicicleta es sana y graciosa, no es una maquinota que lo envuelva y lo domine a usted, aunque, claro, también puede uno morir de accidente ciclista, eso le pasó a un músico francés, Chausson...

Y de pronto, como si la moneda lanzada al aire hubiera caído sobre una única cara, Arreola volvía a la literatura, a los libros, a los autores: si usted me hubiera dicho que deseaba las *Vidas imaginarias*, no se las hubiera vendido a Fulano, pero puede usted leerlas en francés, ¿verdad?, es una delicia Schwob en francés, a Borges se le nota que ha leído bien a Schwob, ¿ha leído usted a Borges?, escribe en esa magnífica revista argentina: *Sur*, lea usted la *Historia universal de la infamia*, Borges dice que sus relatos derivan de Stevenson y Chesterton, de aquellas películas tan barrocas de Marlene Dietrich y Von Sternberg, pero en gran parte vienen de Schwob...

Y de cuando en cuando, tomándote del brazo para hacer un inesperado inciso en el monólogo, se detenía Arreola a la mitad del arroyo de la calle Bucareli e improvisaba o citaba una frase admirable que, como un conjuro, nos protegía del atropellamiento. **U**